

En *Entresuelo*, del autor Daniel Gascón (Zaragoza, 1981), el narrador Daniel Gascón vive en un piso de Zaragoza que perteneció a sus abuelos, y a lo largo de veinte capítulos ese marco casi geográfico acoge recuerdos (“todos los recuerdos son inventados”) propios y ajenos aparentemente dispersos, sin voluntad de estructura cerrada. Es el tipo de libro que topará con el escepticismo de los enemigos, que abundan, de lo autobiográfico o autoficcional aplicado a realidades corrientes. A mí, muy atraído por la literatura de la memoria, también cuando es una memoria joven o de clase media, me intriga que nuestra generación suela pensarse a sí misma desde la alusión simultáneamente nostálgica e irónica al paisaje de la infancia y adolescencia (que es en gran medida un paisaje comercial): juegos, canciones, programas de la tele, marcas de helado.

Algo de esto está presente en *Entresuelo*, aunque el alcance de la memoria convocada sea mayor. Esta lectura generacional, que siempre tiene algo de inexacto, se refuerza si recordamos los parecidos (superficiales pero indudables) que vinculan este libro a *Todo aquello que una tarde murió con las bicicletas*, de Lluïa Ramis: dos miradas treinta-

ñeras sobre el propio pasado, conscientes del solapamiento entre ficción y realidad, que se potencian y ajustan en función de la familia, de sus códigos in-

Entresuelo

DANIEL GASCÓN
Mondadori. Barcelona, 2013.
112 pp. 15'90 e. Epub: 9'99 e.



D. GASCÓN

ternos, sus mitologías privadas, sus contradicciones. Gascón, autor de, entre otras, *La vida cotidiana* (Alfabet, 2011), retrata en *Entresuelo* a una familia de clase media española: unos abuelos cuyos esfuerzos de posguerra asentarán la prosperidad razona-

ble de su descendencia; unos padres y tíos que viven la Transición y el hundimiento del catolicismo como homogeneizador social; unos nietos viviendo entre la comodidad, la decepción y una indefinible melancolía, probablemente ridícula. Sólo dos matices relevantes aportan exotismo a este cuadro: que es una familia con libros y que es una familia feliz.

Leo *Entresuelo* desde la complicidad, sonriendo a menudo, reconociendo los chistes recurrentes del abuelo, los veraneos, la atmósfera de provincia habitable, la ternura admirativa que anima el retrato del padre o la polifónica cena familiar que cierra el volumen. Pero no creo que este reconocimiento sea un asunto sólo biográfico, algo que resultaría bastante irrelevante en esta reseña. Si menciono esa complicidad, es porque la considero una virtud de estilo. No es el material observado el que provoca ese efecto, sino la voz de Gascón, natural, afrancesada por vía cinematográfica, sin pose ni renuncia a lo azconiano, cálida y luminosa en tono deliberada-

mente menor. ¿Es una voz “realista”? Puede, si nos tomamos el término con la misma solemnidad que el propio Gascón en su libro anterior: “yo era un escritor realista: solo me masturbaba pensando en mujeres con las que ya había follado, y cuando escribía siempre decía la verdad”.

Todo esto no significa que *Entresuelo* me parezca memorable. Sí lo es parte de su galería de personajes, sobre todo el abuelo Leoncio. En cambio, lo anecdótico (tejido esencial en un libro así) sólo me seduce a ratos. Puede ser divertido o evocador, como cuando se recita el léxico de Leoncio, tronchante y por eso mismo lleno de resonancias; pero otras veces se precipita por el cliché del “me acuerdo”. Y las melodías de fondo, la sociológica y la poética, oscilan entre la sutileza y lo inaudible, aunque creo que nunca llegan a quebrarse.

De todas formas, más valioso que acumular aplausos o fruncimientos de ceño (queda claro que me parece una pieza irregular, y ya está) sería preguntarse si en el enfoque autobiográfico, sometido a límites tan inmediatos, Gascón confirma falta de imaginación o una imaginación delicada; incapacidad de generar una forma literaria o talento para reconocerla al trasluz. Yo creo que es lo segundo; y me alegraría mucho acertar. **NADAL SUAU**

Habría que preguntarse si el enfoque autobiográfico de Gascón confirma falta de imaginación o una imaginación delicada. Yo creo que es lo segundo y me alegraría acertar

Liquidación

IVÁN REGUERA
XPremio Café Mon. Sloper, 2013
321 páginas, 18 euros

Un relato ingenioso y curioso, poético y realista, sobre un tema tan interesante

como atractivo. Una novela de cine, sobre el cine, lo que fue, lo que es, lo que queda de él. De Iván Reguera (Bilbao, 1973), alguien que dedica su vida a la crítica cinematográfica y al ensayo, sobre un personaje que encarna al veterano de la crítica de cine de este país, Luis Dédalo, 65 años, expulsado de lo único que sabía hacer, y abocado a sobrevivir de opciones

impensables. Luis Dédalo es el crítico ácido que conduce su relato como unas memorias que se remontan al siglo XX y se acercan hasta las convulsiones sociales de este difícil y controvertido presente. Su tono sarcástico, de decepción crónica impregnada de ironía crítica, relata su salida del periódico para el que trabajaba (El Universo), donde su sección fue adelgazando

Yo fui Johnny Thunders

CARLOS ZANÓN

RBA. Barcelona, 2014

316 pp. 17 euros

Ésta es la tercera novela negra de Carlos Zanón (Barcelona, 1966) y confirma su particular versión de esta modalidad genérica. Aquí lo importante no es que exista un delito o enigma que deban investigarse, ni hay un detective encargado de llevar adelante las pesquisas y descubrir un sustrato tenebroso por debajo de apariencias confortables. Los delitos se producen al final, y la mirada del narrador enfoca directamente el inframundo barcelonés de personajes donde se desencadena el conflicto: un sórdido friso de perdedores, de gentes fracasadas en las que abundan los alcohólicos, los drogadictos, las gentes prostituidas de diversos modos, los pequeños delincuentes; de sujetos, en suma, que sobreviven como pueden, perdidas las ilusiones y los proyectos de antaño.

Todo gira en torno a Francis, que cuenta con un pasado de efímera gloria como rockero—cuando era Mr. Frankie—y ahora se ve asediado por diversos y apremiantes conflictos: la falta de dinero, la imposibilidad de satisfacer la pensión de su ex-

mujer y sus hijos, la necesidad de alcohol y drogas y también la difícil relación con un padre, del que escapó en una adolescencia de “cenas recalentadas, dormitorios compartidos con hermanos pequeños, padres embrutecidos por el trabajo, el fútbol por la radio y la resignación, madres frustradas, divertidas, presas y carceleras de todo y para todos” (p. 52). El relato, de ritmo entrecortado gracias a las numerosas frases breves e independientes que son como resoplidos de un angustioso jadeo—algo que recuerda inequívocamente ciertos recursos narrativos de González Ledesma—, pasa de la tercera persona al estilo indirecto libre para reproducir los pensamientos y estados de ánimo del personaje—a veces en forma de ensoñaciones oníricas—, que incluso monodialoga a veces consigo mismo, aprovechando la escisión entre el Francis de hoy y el recordado Mr. Frankie de tiempos mejores.

Junto a Francis habría que señalar varios personajes bien perfilados: su hermanastra Marisol—relación casi desconocida, que recuerda la de los hermanastros Raquel y Cristian en



JAVI MARTÍNEZ

Novela de extremada crudeza, escrita en una prosa deliberadamente chirriante y llena de aristas, elaborada para producir desasosiego y no complacencia

No llames a casa, la novela precedente del autor—; Paco, el odiado padre, culpable de muchas alevosías que oscurecieron la infancia de Francis y Marisol; el rico “protector” don Damián, mezclado en negocios turbios; el ambicioso guardaespaldas Xavi; algunas mujeres del pasado que se resisten a envejecer, como doña Imma—retratada con delicadeza— o Liz. Toda la historia es una concatenación de sucesos que precipitan a Francis, que se resistió a dejar su vida de modesto rockero para no “enfrentarse al vacío de ser de un día

para otro adulto, uno más entre la nada” (p. 216), en una vorágine de violencia y destrucción crecientes que acentúa en las últimas páginas el panorama hosco y sombrío de la historia. *Yo fui Johnny Thunders* es una novela de extremada crudeza, escrita en una prosa deliberadamente chirriante y llena de aristas, elaborada para producir desasosiego y no complacencia. Los retóricos de la vieja guardia dirían que la forma y el fondo están aquí estrechamente unidos.

Sólo habría que reprocharle al autor ciertos descuidos idiomáticos, alguno de los cuales ya figuraba en su novela anterior:

“lo suficiente lejos de su casa” (p. 86), “está tentado en concedérselo” (p. 135); un uso necesario del estira-

miento léxico “culpabilizar” (pp. 190, 192) e incluso “culpabilización” (p. 254); “se digna a mirarle” (p. 298), “se ha enterado que...” (p. 254). No falta algún catalanismo irredento, fuera del diálogo: “el reproductor de casetes quizá vaya” (por ‘funcione’, p. 123) o “le echará a faltar” (p. 153). Con todo, este lóbrego cuadro de la Barcelona nocturna y delictiva se sitúa en un lugar destacado de esa novela negra que, cada vez con más rasgos novedosos, se asienta progresivamente entre nosotros. **RICARDO SENABRE**

hasta desaparecer, y su experiencia a la intemperie, después de un breve período como guionista y teleoperador. Esta peripécia por el Madrid de hoy se sirve de reflexiones sobre el nuevo periodismo y los nuevos medios audiovisuales, que todo lo han aprendido en ese extraordinario legado cinematográfico, poético y literario, al que no pueden renunciar.

Luis Dédalo deambula por Madrid, como Max Estrella en su última noche, y rememora con rabia e impotencia los cines de la Gran Vía, evoca a los clásicos hilvanando sus recuerdos con referencias culturales, recupera los títulos imprescindibles de la Historia del cine e incorpora el dispositivo del *flashback* cuando necesita intercalar una digresión del pasado. Aun-

que su final es otro, que no contaremos. Su verborrea imparable se disfruta, su lucidez se impone, la realidad aludida también. El autor sabe manejar el registro de esa voz que alerta sobre el cine, que está dejando de importar, y las salas de cine, que ya no importan. El libro se lee bien. La reflexión a la que invita: ¡imprescindible! **PILAR CASTRO**